

LOS IDEALES BASICOS DEL GENERO HUMANO

Alexander F. Skutch

Los antiguos estoicos fueron aficionados a expresar la unidad y la armonía que hallaron en el Universo comparándolo con una ciudad. "El poeta", escribió Marco Aurelio, "dice: querida ciudad de Cecrops; ¿y no dirás tú: querida ciudad de Zeus"? La unidad del género humano, y aún de mucho más que del género humano, que el emperador estoico trataba de expresar mediante esta metáfora, se basaba en simpatías místicas poco evidentes a simple vista. Los hombres, creyó, fueron hechos para cooperar mutuamente, como los dientes superiores con los inferiores; y como soberano del Imperio Romano tuvo siempre en mente este ideal. Pero más allá de esa vasta comunidad de gentes heterogéneas que gobernó, se extendían reinos y tribus hostiles, aturdiéndose en su variedad de lenguas y costumbres en el desconocido brumoso.

Aún dentro del imperio, los viajes y las comunicaciones, bases necesarias para una cohesión práctica de grandes asociaciones de hombres, eran difíciles y lentos. A pesar de que había sido construída una admirable red de caminos, no se había adelantado gran cosa desde que Babilonia cayera en manos de los persas siete siglos antes. Aristóteles relata que esta ciudad era tan enorme que la noticia de su conquista por Ciro el Grande, tardó tres días en ser conocida a través de tan vasta extensión.

Hoy, la caída de una ciudad de la importancia de Babilonia sería conocida, no solamente de sus propios habitantes, sino de todo el mundo en menos de tres horas. En tres días, el intervalo requerido para la difusión de la captura de Babilonia por toda la ciudad, se puede llegar hoy al lugar más alejado de la tierra. Estos hechos nos muestran, de la manera más vívida, los cambios que han tenido lugar desde los tiempos antiguos. En cierta manera, el mundo se ha encogido al tamaño de las ciudades que Aristóteles y Marco Aurelio conocieron. En cuanto a comunicaciones, es más pequeño, más compacto, que la más grande de estas ciudades. Pero aún está lejos de alcanzar esa unidad espiritual implícita al hablar de "Ciudad de Zeus" o de "Ciudad de Dios", y que podría obtenerse si todos los hombres abrazaran, no sólo de palabra, sino de todo corazón, el Estoicismo, el Cristianismo u otras doctrinas unificadoras.

A falta de unidad espiritual, la contracción virtual de nuestro planeta es el más alarmante acontecimiento en la historia, la pesadilla de nuestra era. Ya no hay largas distancias y barreras naturales (océanos, desiertos y cadenas montañosas) que resguarden a las naciones del pleno impacto de los poderes agresivos, de suerte que las más afortunadas en sus defensas naturales pudieran vivir a su manera, sin preocuparse de lo que está ocurriendo en regiones distantes. Hoy, el ancho Atlántico da a América menos protección del imperialismo ruso que la que dió el angosto Canal de la Mancha a Gran Bretaña, frente a Napoleón hace siglo y medio. Además de las constantes amenazas, el tener conocimiento de todos los desórdenes y desastres que ocurren en nuestro planeta, diariamente, hora a hora, a través del periódico, la radio y la televisión, es profundamente inquietante para el espíritu

sensible. Difícilmente habrá un lugar en nuestro planeta, por remoto que se encuentre, donde uno pueda, si así lo desea, estar libre de noticias perturbadoras.

¿Cuáles son los posibles fundamentos de esa unidad del género humano, sin la cual su consolidación espacial puede mirarse solamente como un desastre? Está, en primer lugar, su homogeneidad biológica, el hecho de que todos los hombres en todas partes tengan más o menos las mismas necesidades vitales y que todas las razas puedan cruzarse; podemos llamar a esto fraternidad biológica del hombre. En segundo lugar, está la creciente dependencia económica de cada país con respecto a los demás por las materias primas y los productos manufacturados, esenciales para su siempre más complicada economía. En tercer lugar, está la unidad política, implicada en las Naciones Unidas y teóricamente susceptible de un desarrollo futuro. Finalmente, hay una unidad espiritual, o sea el abrigar creencias, ideales o aspiraciones comunes.

Es fácil demostrar que sólo el último es fundamento firme para que perdure la armonía dentro del género humano. Es una vieja observación de los zoólogos, respecto a la fraternidad biológica, que la competencia es más aguda entre individuos de la misma especie, los cuales tienen las mismas necesidades, que entre los individuos de distintas especies, los cuales tienen diferentes necesidades vitales, de manera que pueden ocupar la misma área sin grave conflicto. Porque los hombres son tan parecidos, por eso desean las mismas cosas; y como individuos o como naciones, compiten ferozmente por ellas. Incluso hermanos del mismo vientre pueden odiarse mutuamente si contienden por una herencia o si poseen opiniones contrarias, mientras que hombres de razas diferentes pueden unirse en la más firme amistad al compartir los mismos ideales. La fraternidad biológica no es condición necesaria ni adecuada para la fraternidad espiritual. Si se implicaran mutuamente, los seres racionales de los más variados orígenes podrían encontrar que les es tan fácil alcanzar la unidad espiritual como a aquellos que los biólogos, tal vez equivocadamente, clasifican dentro de una misma especie.

La interdependencia económica de regiones y países siempre ha demostrado ser la base precaria de su unidad. Los hombres raramente titubean para abandonar a sus antiguos socios en el comercio si se les ofrecen condiciones más favorables en otra parte. Además, la competencia por las fuentes de materias primas o por los mercados extranjeros es siempre causa de enemistad entre las naciones, especialmente cuando su economía se torna raquítica. En lo que respecta a la unidad política de la humanidad, el mundo ha visto muy a menudo ciudades y estados separados por intereses encontrados o por las creencias de sus habitantes, y es insensato suponer que la humanidad pueda mantenerse políticamente unida careciendo de una base más sólida para su unión. Sin tal base, la consolidación política del globo podría alcanzarse sólo por medio de una tiranía de magnitud sin precedentes, que mantuviera sus decretos mediante un poder descarado.

Esto deja a lo que he llamado unidad espiritual, como el único fundamento posible para la concordia universal, que hará de la virtual contracción de nuestro planeta, por los modernos métodos de transporte y comunicación, un acontecimiento bienvenido más que temido. Recientemente hubo un movimiento para reunir a todos los hombres, para reconciliar oriente con occidente, enfatizando los rasgos comunes de sus diversas religiones. Oímos hablar de "la fraternidad de las religiones"; a las conferencias mundiales asisten las religiones principales; y se ha sostenido que todas las religiones son expresión de una verdad fundamental, conocida de los sabios de tiempos antiguos, pero deformada en su paso por las distintas mentes al adaptarse a la idiosincracia de las diversas culturas.

Este laudable esfuerzo no carece de peligros intelectuales. Reconciliar los fundamentos metafísicos del Budismo y el Cristianismo, por ejemplo, difícilmente

parece posible sin algunas interpretaciones forzadas. Sin duda hay, en lo profundo de la psique, una fuente común de donde brotan todas las más elevadas expresiones religiosas del hombre; pero debemos buscar este origen de la religión bajo el nivel de cualquiera de sus formulaciones intelectuales. La unidad de las religiones parece descansar sobre un hecho primordial, y no sobre una vieja y ahora quizás olvidada verdad, la cual entiendo como una formulación intelectual de un hecho.

Se reconoce a menudo que las diversas religiones se asemejan entre sí, más en sus preceptos morales que en sus dogmas teológicos y metafísicos, los cuales invocan para fundamentar esos preceptos. Hay mucha semejanza entre los caracteres que tienden a formar; el ideal humano del budismo, hinduismo, confucismo, judaísmo, cristianismo, mahometismo, etc., son, a pesar de las diferencias en detalle más similares de lo que uno esperaría en vista de las diversas doctrinas cosmológicas y teológicas de estas religiones. No sólo las religiones actuales, sino algunas extinguidas hace mucho tiempo, y viejas filosofías religiosas como la pitagórica, el platonismo y el estoicismo, han enseñado normas de conducta, han tendido a formar caracteres, no muy diferentes de los aprobados por la más respetada opinión de nuestro tiempo. Parece, entonces, que debemos buscar las verdaderas bases de la armonía del género humano, no en un origen biológico común, ni aún en algunas verdades trascendentales comunes, enterradas bajo las elaboradas y abundantes estructuras metafísicas de sus religiones, sino en una meta común. Los hombres, en general, han diferido menos en lo que aspiran a hacer de sí mismos, en su ideal de bondad o de carácter perfecto, que en sus explicaciones del origen del mundo y de ellos mismos, en sus conceptos de Dios y de la naturaleza del alma. Un ideal de carácter es, inevitablemente, un ideal de conducta, porque la conducta es la expresión evidente del carácter, y nuestro único medio de juzgarlo sin peligro.

Estas consideraciones nos alientan a buscar un ideal, o un conjunto de ideales que puedan servir de base para la unión espiritual del género humano. Incluso el estudiante de historia de la ética, familiarizado con la gran diversidad de ideales que los hombres de las diferentes épocas, razas y clases sociales han apreciado, puede ser escéptico ante tal empresa. Ha existido el ideal del conquistador militar, que domina cruelmente a todos los hombres, y también el ideal del santo que no hace daño a nada. Ha existido el ideal del aristócrata o caballero, que desdeña de tal modo la labor manual que se avergüenza de ser visto cargando un paquete, y el ideal del humilde sirviente de sus compañeros para quien ninguna labor que les ayude es indigna. ¿Podemos con seguridad trazar nuestro camino entre extremos tan opuestos?

Nuestro descubrimiento de los ideales unificadores será más fácil si tenemos en mente ciertos requisitos indispensables. En primer lugar, tales ideales no pueden ser exclusivos de cierta nación, época o estrato social, sino que deben mostrar su poder de atraer a gran variedad de personas en un período extenso. En segundo lugar, deben ser tales que puedan ser adoptados por todos los hombres sin consecuencias desastrosas. El ideal aristocrático de abstenerse del trabajo manual, por ejemplo, no llena este requisito, porque si todo el mundo se esforzara en alcanzarlo, muchos trabajos necesarios permanecerían sin realizarse y todos pereceríamos. En tercer lugar, los ideales deben ser en sí mismos permanentes y no destructivos, como lo fue el ideal de castidad según lo interpretaron algunos de los primeros padres de la iglesia cristiana; si todos los hombres lo hubiesen adoptado, refrenándose en engendrar hijos, no existiría hoy nadie para abrigar ese ideal. En cuarto lugar, los ideales básicos deben ser tales que no se contradigan, sino que se sustenten mutuamente, formando un sistema consistente en

sí mismo. En quinto lugar, deben ser fundamentales, en el sentido de que otros numerosos y válidos ideales y reglas de conducta, de alcance más restringido, puedan ser incluidos como sus corolarios.

Con los criterios anteriores en mente considero que los ideales básicos son cuatro en número: fraternidad, espiritualidad, castidad y *abimsa* o inofensividad. Considerémoslos en el siguiente orden.

La hermandad o fraternidad es el ideal de que todos los hombres deben ser tratados como nuestros iguales, en el sentido más fundamental, en su derecho de realizar sus vidas lo mejor posible, de acuerdo con sus habilidades, y alcanzar la felicidad, o como lo expresó Kant: Toda persona debe ser mirada con un fin en sí misma y no meramente un medio o instrumento para un fin externo a ella misma. Este ideal se encuentra, implícita o explícitamente, en toda religión que ha superado el grado de religión de tribu, y que se ha esforzado por ganar al género humano como un todo, y asimismo se encuentra en las grandes filosofías religiosas de la antigüedad. Lo encontramos en el jainismo, budismo, estoicismo, mitraísmo, taoísmo, cristianismo, islamismo y en las más avanzadas etapas del judaísmo, el cual fue originalmente una religión tribal. En la práctica, este ideal debe conducir a la cooperación universal entre los hombres y a la supresión de la competencia individualista o nacionalista; todos los hombres deben avanzar unidos; no sólo algunos en detrimento de los demás. Corolarios de este ideal son las estimadas virtudes de honestidad, servicialidad, humildad, suavidad de carácter, mientras que los universalmente condenados vicios de orgullo, enojo, avaricia, gula y celos son incompatibles con él. Parece innecesario demostrar en detalle cómo el cultivo de estas virtudes contribuye a realizar el ideal de la fraternidad, mientras que su desprecio o la presencia de los vicios antes mencionados impide su logro. Para limitarnos a un solo ejemplo, diremos que el orgullo o la pretensión de que uno es superior a su prójimo, engendra en él resentimiento, hostilidad; de aquí que destruya el espíritu de fraternidad.

El cultivo de la fraternidad tiene dos aspectos que no han sido igualmente enfatizados. Se nos dice a menudo que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, pero se nos recuerda con poca frecuencia que debemos hacernos dignos del amor de nuestro prójimo. Si todos los hombres fueran realmente dignos de ser amados, no habría necesidad de que se nos exhortase para amarlos; el amor brota espontáneamente ante la presencia de un objeto apropiado. Así, el ideal de fraternidad, de amar a nuestros compañeros, debe ser complementado por el ideal de hacernos dignos de ser amados, de hacernos de tal manera que sea fácil para nuestro prójimo amarnos. Tal como los hombres están constituidos, es casi imposible llamarlos a todos hermanos sin sentirse, en muchos casos, secretamente avergonzado del parentesco. Existe una tendencia ampliamente extendida a dar importancia a la fraternidad del hombre, a pedir ayuda y conciencia en el fortalecimiento de nuestra humanidad común, sin hacer un esfuerzo serio para merecer la designación de hermano. Los políticos han hablado muy ligeramente del valor y dignidad de todo hombre, como si esto fuera algo innato, como poseer corazón y pulmones, y no una adquisición que depende de la educación, la disciplina espiritual y un persistente esfuerzo individual. La verdadera base de la unidad humana no es la fraternidad biológica, o la descendencia de un remoto ancestro común, sino la fraternidad espiritual, o el abrigar ideales y aspiraciones comunes.

Esto nos lleva al segundo de nuestros ideales básicos, la espiritualidad, que consiste en desarrollar en pleno nuestras capacidades espiritual, intelectual y moral; en luchar, sobre todo, para convertirnos en seres espirituales. Este ideal no implica desdeñar o despreciar nuestros cuerpos, porque en nuestro presente estado de existencia el espíritu requiere un sustrato orgánico; y cuanto más fuertes y saludables

son nuestros cuerpos, más eficientes son sus órganos de percepción y pensamiento, y más elevada puede llegar a ser nuestra vida espiritual. Pero el cuerpo debe ser mirado como un medio o instrumento del espíritu, como una lámpara que soporta una llama espiritual.

La espiritualidad ha sido definida de varias maneras, como es inevitable en vista de sus muchos aspectos y de la dificultad de elaborar una definición que justamente los contemple a todos. Fundamental en el concepto de espiritualidad es el conocimiento de uno mismo y de los otros; nadie se lo atribuiría a un ser totalmente insensible. Conforme aumenta la espiritualidad, el conocimiento se extiende de las sensaciones, las cuales son las inmediatas respuestas del organismo al impacto de los estímulos externos, a las relaciones o la aprehensión intelectual de las conexiones entre las cosas; hasta que por último el reconocimiento de estas relaciones afecta profundamente la cualidad, o tal vez más correctamente, lo apetecible de las sensaciones. Así, para una persona espiritual, el disfrute de una deliciosa comida, o de otros placeres, está grandemente disminuído, si es que puede disfrutar algo, por el conocimiento de que es obtenido al precio del dolor de otra criatura. Desde este punto de vista, la espiritualidad puede ser definida como la capacidad de que las sensaciones sean modificadas por la percepción de las relaciones.

Otro importante aspecto de la espiritualidad es el conocimiento y la apreciación del universo del cual somos parte. Puesto que sin esta respuesta valorativa de por lo menos algunas de las criaturas que en él se desarrollan, el vasto universo carecería de significado y valor, y el propósito de nuestra existencia, el fin hacia el cual evolucionamos, podría ser considerada una estupenda pérdida.

Así, la fraternidad que esperamos adquirir es una fraternidad espiritual, basada en la aspiración común de llenar nuestras vidas y las de aquéllos en quienes podamos influir, con el máximo de valores espirituales. En verdad, ninguna otra clase de fraternidad nos es posible; sin la fraternidad espiritual la fraternidad biológica es estéril. Cuando ponemos las posesiones materiales y los placeres sensuales sobre los valores espirituales, inevitablemente entramos en conflicto con nuestros semejantes, porque la tierra no puede producir suficientes bienes materiales para satisfacerlos. Como observó Epicteto hace mucho tiempo, a menos que estemos la bondad espiritual sobre todo lo demás, todas las relaciones humanas, incluyendo las más íntimas, terminarán en discordia. Prácticamente, todas las religiones y filosofías que han interesado más al género humano, han dado primacía, en diversos grados, a la realización espiritual.

El tercero de los ideales básicos es la castidad, la cual yo definiría como la responsabilidad en los asuntos sexuales. Es el ideal de usar nuestro poder de reproducción para producir hijos de la más alta calidad, y en número compatible con su adecuada nutrición y con la capacidad de la tierra para mantenerlos. De acuerdo con este ideal de castidad, engendrar hijos sin mirar por su posible calidad y su futuro bienestar es contrario a la castidad, no menos que promiscua indulgencia por el solo placer. Ser casto es tener el debido respeto por sus descendientes y todo lo que concierne a su origen, mirar la fuente de la vida humana como sagrada. Este ideal se refiere a la perpetuación de la fraternidad espiritual del género humano y a su continuo aumento en calidad. Esto envuelve el reconocimiento de que si la gente se hace muy numerosa, luchará fuertemente por los medios de subsistencia, provocando la envidia y el odio; la carestía impedirá su crecimiento en cuerpo y mente; así que, por la superpoblación, la fraternidad y la espiritualidad estarán en peligro.

Las personas de mente estrecha a veces miran el ideal de castidad como contranatural, como un aspecto de la sublevación del hombre contra la naturaleza. Una inspección más profunda reconoce su naturalidad; quizás éste es el más natu-

ral de los ideales que consideramos. Entre los animales las relaciones sexuales están reguladas por normas de conducta innatas, las cuales son a menudo sorprendentemente elaboradas, y demoran la unión hasta que sean obtenidas las condiciones propicias para la reproducción. Como el hombre, para bien o para mal ha perdido estas normas innatas, trata de reemplazarlas por medio de convenciones que protejan la estabilidad social y aseguren la perpetuación de la sociedad. La castidad, en la opinión popular, es simplemente conformidad con estas convenciones, sin las cuales nos veríamos envueltos en un desorden como nunca lo ha tenido el mundo natural. Con mucha razón las grandes religiones y filosofías religiosas han coincidido en inculcar la castidad, y es una lástima que ellas hayan, ocasionalmente, malinterpretado su significado.

Los tres ideales anteriores hacen referencia principalmente a nosotros mismos y nuestras relaciones con los demás. Sin embargo, no vivimos en un vacío, sino en el medio de un vasto complejo y totalmente bello mundo, que nos mantiene, aunque a menudo nos amenaza y a veces nos destruye. Las criaturas que con nosotros comparten este mundo, ya sean amistosas, indiferentes u hostiles hacia nuestros intereses, son producto del mismo proceso creativo que nos formó a nosotros, por lo que nuestra relación con ellas no es meramente práctica o económica, sino que toca la verdadera fuente de nuestro ser. Evidentemente, un conjunto de ideales que no considere el gran mundo del cual la humanidad es una parte, es incompleto, y por lo menos un ideal más debe ser agregado a los tres que ya hemos discutido. Encontrar un nombre para este ideal no es fácil; podríamos llamarlo "responsabilidad para con el vasto mundo"; pero es deseable un nombre más corto y creo que no podemos hacer nada mejor que adoptar el antiguo término hindú *ahimsa*, o inofensividad hacia todos los seres. Es el ideal de no dañar a ningún ser viviente, de no infligir dolor o sufrimiento a ninguna criatura consciente; en su más amplia interpretación, nos conduce a evitar la desenfrenada destrucción o deformación de cualquier forma organizada.

En el oriente, el ideal de *ahimsa* es antiguo y ha sido ampliamente aceptado; es el fundamento del Jainismo, en el cual parece tener su origen, y está firmemente incorporado en el hinduismo, el budismo y el taoísmo. A pesar de que muchos individuos en occidente han simpatizado con este ideal, las regiones y filosofías occidentales lo han descuidado, como parece evidente por el hecho de que nos vimos obligados a regresar al oriente por su nombre. De las palabras que han adquirido un uso frecuente en nuestro lenguaje, quizás "conservación" expresa parte del contenido de este ideal, pero desafortunadamente omite mucho. La conservación, como es corrientemente predicada y practicada, se refiere en primer lugar a la preservación de los fundamentos de nuestra civilización, o de cualquier civilización, que son el suelo, el agua, la flora, la fauna y los recursos minerales del planeta. No se olvida de los valores estéticos que proveen los animales, plantas, paisajes y los más espectaculares rasgos de la superficie de la tierra, ni de los distintos tipos de recreación que nos suministran. Pero en alto grado la conservación considera a los animales que comparten la tierra con nosotros como eslabones en cadenas de alimentación, factores en el balance de la naturaleza, o productos de los campos capaces de ser "cosechados", en lugar de considerarlos seres conscientes como nosotros mismos. La *ahimsa* comienza con este aspecto, que la conservación a menudo desdén, aún cuando practicado por toda la gente tiene consecuencias que el conservador moderno debe aprobar, como será evidente para cualquiera que estudie los famosos edictos grabados por Asoka, el emperador budista de la India, en rocas y pilares de piedra en el siglo tercero antes de la Era Cristiana.

Estos cuatro ideales, fraternidad, espiritualidad, castidad, *ahimsa* o inofensividad, parecen cumplir todos los requisitos que anteriormente reconocimos como esen-

ciales a los ideales básicos capaces de unir el género humano. Ellos han interesado a muchos hombres de muchas razas, y parecen congeniales a la mente humana. Pueden ser adoptados por todos los hombres de cualquier parte sin consecuencias desastrosas; más bien con resultados altamente beneficiosos. Son coherentes; no son contradictorios, sino se apoyan mutuamente. Ninguno puede ser omitido sin debilitar los demás y hacer su realización más difícil o quizás imposible. Así, la espiritualidad es un fuerte soporte para la fraternidad, porque podemos dar nuestras posesiones espirituales (nuestro conocimiento, sabiduría, entusiasmo, y todas las creaciones de nuestra mente) y aún conservarlas todas, y este compartir los tesoros del espíritu fortalece el sentimiento de fraternidad. Cuando, sin embargo, la fraternidad es deficiente, el deseo vehemente de cosas materiales, las cuales pertenecen o pueden ser usadas por una sola persona, es una fuente perpetua de conflicto entre los hombres. Lapsos de castidad, en el sentido convencional, no solo causan celos y lucha, sino que hacen difícil respetar al transgresor como a un hermano, mientras que insuficiente atención a la castidad, en el amplio sentido de velar por el futuro bienestar de la raza, conduce a la superpoblación con su séquito de angustias. En cuanto que la inofensividad implica la conservación de los recursos naturales, es ampliamente reconocida como necesaria para la supervivencia humana. Pero una más comprensiva interpretación de este ideal es también importante; porque en la medida en que uno se espiritualiza, encuentra difícil sentir fraternal afecto por aquél que desenfrenadamente hiere o destruye los seres organizados más humildes.

Por último, debemos preguntarnos si estos cuatro ideales son suficientes, si no hemos omitido otros ideales básicos, en el sentido de que son indispensables para la fraternidad espiritual, y si no estarán formando parte de otros como corolarios. Hemos mencionado ya un número de ideales, virtudes o principios de conducta que están incluidos en los ideales básicos, y por falta de espacio no los hemos considerado más. Tal vez algunos sostendrán que el ideal de sentirse responsable de sus propios actos es un ideal básico que no puede ser considerado como un corolario de alguno de los cuatro discutidos, por lo que debe dársele una posición semejante a ellos, haciendo cinco. Pero la responsabilidad no parece ser un ideal tan independiente como la condición de cultivar cualquier ideal, sea el que fuere. Por esta razón, el sentido de responsabilidad no da una dirección definitiva a la vida y a la conducta, como debe un ideal verdadero. Quien considera su trabajo injuriar al prójimo lo más posible, puede ser tan responsable de sus actos, como quien está profundamente interesado en el bienestar de su prójimo. Podemos expresar esto sucintamente diciendo que la responsabilidad es un ideal de segundo orden, no un ideal primario, como la fraternidad o la espiritualidad. Cultivar ideales es tener un alto sentido de responsabilidad por la consecuencia de sus actos.

Puede ser objetado que todos, o algunos de nuestros cuatro ideales básicos, sean realizables. ¿Podemos, sin hipocresía, mirar y tratar como hermanos nuestros a los hombres más viles y depravados? ¿Somos tan fatuos como para imaginar que es posible vivir sin injuriar ni a un solo ser organizado? Lejos de invalidar un ideal, la inasequibilidad aumenta su valor. Estar más allá de nuestro alcance es la característica de los ideales que nos son más valiosos, aquellos que podemos apreciar toda nuestra vida. Si alguna vez lo logramos, y sin esfuerzo preservamos la condición contemplada, ésta deja de ser un ideal y se convierte en un hábito, en un hecho. Si no deseamos que nuestros ideales se hagan viejos, con lo cual pierden algo precioso, debemos colocarlos lejos de nuestro alcance. La característica esencial de un ideal es, que no podamos lograrlo completamente, sino que podamos avanzar hacia él constantemente, en un progressus ad infinitum. ¿Y quién duda que podemos, como individuos y como comunidades, avanzar despacio pero continuamente hacia los cuatro ideales que tenemos como básicos, si estamos resueltos en nuestro empeño?

Unidos, estos cuatro ideales forman el único y amplio ideal de fraternidad espiritual del género humano, perpetuado de generación en generación, en armonía con el vasto mundo que lo soporta. La lealtad a este ideal implica responsabilidad.

Estos cuatro ideales, o el ideal amplio que ellos constituyen, ofrecen el fundamento más seguro para la unidad espiritual del género humano, sin la cual la consolidación espacial de los pueblos debe ser mirada como la mayor calamidad. En la medida en que sean adoptados y guíen las vidas de los hombres de todas partes, la humanidad se unirá en paz y armonía. Tenemos mucho que aprender acerca de la influencia de los convenios políticos y económicos en la adopción y progreso de estos ideales. Sin duda, algunas formas de organización social les propician un ambiente favorable, al contrario de otras, pero no sabemos qué forma es la mejor. Por lo tanto, parece prudente, no sólo tolerar sino alentar y aún ayudar cualquier sistema social, no importa cuán diferente sea del nuestro, si parece tratar seriamente de vencer algunas de las desavenencias y durezas que desfiguran todas las sociedades actuales, y de unir a los hombres en estrecha fraternidad. Pero observando cuidadosamente la aplicación de otras teorías políticas y sociales, bajo las condiciones más favorables que pueden suponerseles, para que no culpen de sus fracasos a la enemistad o a las intervenciones externas, podemos sin costo alguno aprender mucho de valor para nosotros, y economizarnos costosas equivocaciones. Lo que hace de la presente unificación espacial de nuestro planeta una tragedia es que cada sistema socio-político está ansioso por extenderse por toda la tierra antes de haber demostrado en menor escala, su habilidad para superar sus muchas imperfecciones. El uso de la intriga y la fuerza es fatal para todos los ideales verdaderos.